

Síntesis biográfica del Almirante Bonifaz



Procedente de Francia fundó su solar en Burgos, en el siglo XIII, la familia Bonifaz. Era de origen genovés según la opinión más extendida, y contaba entre sus remotos ascendientes un procurador del senado romano llamado don Ocón Bonifaz, que fué gobernador y virrey de los estados de Africa. Dícese que desde antes de San Fernando hasta Carlos I fueron los Bonifaz personajes influyentes en la corte castellana.

De uno de los primeros Bonifaz burgaleses nació hacia 1196 Ramón de Bonifaz y Camargo. Su madre parece ser que descendía de las familias francesas que vinieron a la conquista de Toledo, pero tanto su nombre como el de su esposo quedan aun sin precisar. Solo sabemos de su ilustre linaje por el escudo familiar, que llevaba escaques de oro en campo de gules y trece onzas de oro coronadas sobre azur.

Escasas y contradictorias son las noticias de los primeros años de Ramón de Bonifaz. Dícese que fué bautizado en la parroquia de Nuestra Señora de la Blanca, situada entonces en la ladera sur del castillo burgalés. Entre las brumas de los puertos cantábricos pasó su mocedad, sintiendo desde muy niño la irresistible atracción a la marina, que solo en esas costas puede gozarse, como mezcla de afición desafiante al riesgo y del placer de navegar entre cielo y mar. Aprendió de los cántabros el arte de la navegación que ellos practicaban, heredado de los normandos y árabes, y se aficionaría a las aventuras de aquellos arriesgados pescadores, que preferían a la cosecha de la tierra la que les brindaba su borrascoso mar cazando la ballena y el bonito con peligro diario de su vida.

Florece la navegación cantábrica, experimentada ya en las escuadras vencedoras del obispo Gelmírez, y pronto alcanzó Bonifaz merecida fama por su habilidad y fortuna como experto navegante. Muy joven obtuvo los primeros títulos entre los marinos de su época, seguramente al destacar en las luchas contra los moros que pirateaban las costas norteñas. Pero España era entonces más militar que marinera, y por ello sintió Ramón la

vocación de las armas junto a sus aficiones marítimas y alternó la práctica de unas y otras como tantos navegantes y capitanes famosos, acudiendo a la llamada de la guerra con la misma vocación ardiente que antes acudiera a la llamada del mar.

Numerosas ocasiones tuvo San Fernando de conocer a Bonifaz. Acaso figurase ya entre los nobles que presenciaron en las Huelgas de Burgos el espaldarazo de caballero que recibió el rey por el brazo movable de una imagen de Santiago. Bien pudo estar presente en las bodas reales que el obispo D. Mauricio bendijo otro día de San Andrés en 1219, o dos años después cuando se colocó la primera piedra de la Catedral. Lo que puede darse por seguro es que como ricohombre asistiría entre los magnates castellanos y leoneses a los esponsales de Fernando con la hermosa Juana de Ponthieu, y más si era pariente suya según afirman algunos cronistas hasta el punto de tomarle por un noble francés del séquito de la reina los que mal informados le confundieron con los Bonifaz de la rama francesa. Es indudable, pues, que debía ser personalmente conocido del rey en 1240, al ostentar por primera vez en Castilla la dignidad de «Almirante del Mar», cuando seguramente era ya Alcalde de Burgos, aunque la referencia más antigua de ello es de 1242.

Desde el principio de su reinado acariciaba San Fernando la idea de conquistar Sevilla, mas no quiso concretarla en un plan de campaña hasta asegurar la posesión de Córdoba y Jaén. Ocupado Jaén, cada noticia que le llegaba sobre la «ciudad extendida» espoleaba su impaciencia, con lo que la conquista llegó a ser su dorado sueño.

Era entonces Sevilla la primera ciudad de España por su extensión y comercio. Tenía una población de más de 800.000 habitantes y su activo puerto se veía constantemente visitado por los barcos de Inglaterra, de Francia y del norte africano. Gobernaba en ella el anciano y noble valí Abul-Hassan, de los beniomeyas (Axataf o Axatal en nuestras crónicas), y causaba admiración de los viajeros, por ser como ahora, como siempre, una bellísima ciudad, que gozaba del máximo esplendor, mientras que su estado político era desastroso y su moral estaba corrompida por vicios decadentes.

Decidió pues Fernando acometer la conquista de Sevilla y comprendió que sería empresa descabellada atacarla solo por tierra, cuando contaban los moros con una marina numerosa. Había que organizar una flota castellana, y para ello llamó a Jaén al Almirante en el verano de 1246. No tenía San Fernando tan escasas noticias de él como suponen los que se limitan a decir que era un rico hombre burgalés «sabidor en las cosas de mar». Tenía ante él, el título de héroe por encima del de ricohombre desde la toma de Baeza, y en las cosas de mar ostentaba ya el título supremo.

Explicó el rey a Bonifaz su ilusionado proyecto de atacar la ciudad simultáneamente por tierra y por el Guadalquivir, y le dió el encargo de formar una armada con potencia suficiente para proteger el sitio y hacerse temer de la escuadra musulmana que defendía Sevilla. Las naves debían construirse en los puertos de Vizcaya, tan familiares al Almirante, donde había experimentados marinos, y donde abundaba la madera de los próximos bosques. Salió Bonifaz impaciente por cumplir el honroso encargo del rey, bien dotado de cartas en las que se daban órdenes a los concejos de la costa cantábrica para facilitar al Almirante todo lo preciso.

Resultaba difícil en aquel tiempo reunir una armada de la importancia que el caso requería. Las construcciones navales habían pasado ya de su época de iniciación, pero se hacían aun con extraordinaria lentitud, por no abundar los hombres prácticos en esa difícil especialidad. No obstante, ayudaron al Almirante con todo entusiasmo los concejos de Vizcaya y Guipúzcoa, que rivalizaron en actividad penetrados de la gloria que se les avecinaba. Los mareantes cantábricos pusieron en la tarea toda su voluntad y su saber, mientras que el Almirante se multiplicaba venciendo las innumerables dificultades que surgían con prodigiosa rapidez. Dirigía personalmente la construcción de las naves en Santander, recorría la costa seleccionando las gentes de mar y prefiriendo, para no exponerse a un fracaso, a los que se hubiesen distinguido como intrépidos guerreros, a la par que como diestros marinos. La flota estuvo reunida en un plazo tan corto que resultaría inverosímil para los que no conociesen a Bonifaz. Una de las naves, la mayor, fué proyectada y construída bajo la directa inspección del Almirante, que cuidó minuciosamente de todos los detalles. Otra gran nave se incorporó a la flota gobernada por Ruiz Pérez de Avilés, con escogida dotación de aquella villa asturiana. Quedó formada en la primavera de 1248 una escuadra de trece naos gruesas y cinco galeras con sus correspondientes tripulaciones y copiosamente provista por los concejos de Santander, Castro Urdiales, Laredo, Bermeo, Guetaria, Pasajes.

Mientras tanto, el rey, después de conquistar varias plazas había delineado el cerco de Sevilla, estableciendo su campamento en Alcalá del Río. Allí escribió a Bonifaz para que se dirigiese hacia la desembocadura del Guadalquivir, pero ya aquél se había hecho a la mar con sus flamantes naves.

Desde el primer momento hubo de soportar la escuadra las durezas del mar cantábrico y en los numerosos contratiempos que en la travesía se presentaron, admiraron los marineros las grandes dotes de su Almirante que demostró merecer con creces la confianza que el rey le había depositado.

Enterados de que el enemigo con una armada de treinta y cinco galeras de Tánger y Ceuta, acudía a reforzar la de los almohades de Sevilla,

decidiéronse a darles la batalla. Divisadas las naves dirigióse contra ellas el Almirante y rompió las primeras hostilidades, pero pronto se dió cuenta de que esa lucha sería una temeridad suicida, pues tenía enfrente barcos mucho más ligeros y en mayor número, tripulados por expertos corsarios al mando de Abu-Rebia. No queriendo exponer la escuadra a un desastre irremediable, desistió de la lucha y comunicó al rey su situación, expresándole la necesidad de que le facilitase algún refuerzo. Difícil es pensar que saliesen indemnes de este primer encuentro, pero nada se conoce en cuanto a pérdidas de la flota castellana, que se refugiaría en espera de socorros.

Contestó el rey haciéndole ver la imposibilidad de ayudarle por mar, en uno de los pocos documentos que se conservan relativos al Almirante. La respuesta del rey decía así:

«Recibí carta vuestra por mano de vuestro fijo D. Pedro Bonifaz, e conozco la gran lealtad vuestra, y las buenas diligencias que facedes en concertar la vuestra armada, pues solo en vos tenemos puestas todas las esperanzas en esta empresa de Sevilla, que nom se puede tomar si nom se les quita la cadena que está en el río, que vos tengo escrito todo lo que se ha de facer, e vos vengades a mas andar, asegurando la vuestra armada de los moros, que ya sabedes, que solo la vuestra tengo, e que nom vos puedo dar socorro por mar; como tan grand capitán, e mi Almirante de toda experiencia, tengo puestas con el favor de Dios todas las esperanzas que sin vos nom se puede tomar esta villa.

»Yo salgo Alcalá del Río luego, y daros he socorro, que me dais aviso como los moros vos vienen siguiendo por vos facer daño, y el socorro que demandais, saldré de aqui mañana, o mirar de facer que nom vos tomen la vuestra armada, que es grand grado las galeras que tienen con otros barcos de Ceuta, Tánger y Sevilla y que me dais aviso, e sin los moros que van llegando por tierra, que es grand número; pero confiado en la Virgen, espero de daros socorro, y estad con buen ánimo, que os prometo de facer todo esfuerzo, hasta veder en seguro la vuestra persona e armada, e faré de romper todos los peligros, como vos tengo escrito, que ya conobco en el grand peligro que tenedeis toda vuestra gente y persona de que fago toda toma estimación, como tal vasallo, e de tanta prueba e confianza como de vos tengo.

Dios vos guarde. De Alcalá del Río 4 de abril. Era de 1210. Año 1248. Yo el Rey.

La carta del Rey decidió a Bonifaz a la empresa temeraria. Con breve y enérgica arenga exaltó a los navegantes a buscar la muerte en aquel encuentro desigual con los bajeles de Tánger que ya se divisaban a lo lejos. Fuerte viento hincha las velas de las naves cristianas, que se lanzan valientes contra las berberiscas que cortan el paso, y las aplastan con el formidable choque de sus potentes proas. Los ágiles pilotos vizcaínos abordan con sus galeras a las enemigas y pasan a cuchillo a los moros, marchando enseguida contra las escuadras de Ceuta y Sevilla que descansaban en Bonanza y apenas han tenido tiempo de alinearse para el combate. Buscan los moros el abordaje de los grandes navíos de Bonifaz y no lo consiguen por ser mucho más bajas sus cubiertas, mientras que los marinos cristianos aferran sus galeras a las enemigas hundiendo los cuchillos a placer. La rápida decisión de Bonifaz, otra vez héroe, produce un éxito rotundo; tres naves van al fondo, tres más son capturadas y el resto se dispersa rápidamente. Una galera incendiada queda iluminando las sangrientas aguas de Bonanza...

* * *

Con gran alegría recibió Fernando la noticia de esta victoria. Fortificaba entonces Alcalá del Río y rápidamente dió la orden de avance a sus tropas hasta divisar, desde el Vado de las Estacas, la flota de Bonifaz, que, cargada de trofeos remontaba majestuosamente el Guadalquivir, trazando cien estelas en él con los lunados pendones de los moros que caían sobre el agua. Allí el piadoso monarca dió gracias a Dios por el gran beneficio y le imploró su ayuda para comenzar la acción sobre Sevilla.

A grandes marchas continuó el movimiento para completar el cerco. La Escuadra luchaba aún contra las numerosas fustas, saetías y zabras de los moros, que recorriendo el río, defendían la ciudad. Había que avanzar combinadamente con las fuerzas de tierra porque las márgenes estaban fortificadas contra la invasión fluvial. Por fin hizo alto en Tablada el ejército del rey y allí estableció su campamento.

Algunos días después desembarcó el Almirante y se dirigió al Real. Cuando se aproximaba a él, parecióle enteramente una ciudad populosa; en su interior se oía una mezcla confusa de voces alegres, órdenes militares y gritos de comerciantes, destacando sobre el monótono martillar de los forjadores que ajustaban los cascos y armaduras.

Hacían guardia los saeteros en grandes castillos de madera que vigilaban un ancho foso defensivo. Reconocido Bonifaz por los centinelas, atravesó el puente y cruzó varias plazas y calles ordenadamente formadas por las tiendas de los provisionistas, carniceros, pescaderos, guarnicioneros y artesanos de todos los oficios. Más adelante causarónle magnífica impre-

sión los pabellones en que se agrupaban las numerosas milicias concejiles, con los abigarrados colores de las banderas y distintivos flameando al viento y sus máquinas de guerra alineadas en vanguardia, en espera de un empleo inmediato. Al otro lado los caballeros de todas las órdenes militares, la hueste del infante D. Enrique, los bravos jinetes del valí de Granada tributario. En el centro, rodeaban la tienda del rey, a prudencial distancia, las de los jefes de su casa, magnates, prelados y caballeros de órdenes.

Llegó por fin Bonifaz a presencia de D. Fernando, quien le recibiría con visibles muestras de alegría, felicitándole por su victoria, interesándose vivamente por los episodios que iba refiriendo, de la botadura de las naves, de los peligros de la travesía y de la constante protección de Nuestra Señora; pero sobre todo entusiasmaban al rey los detalles del encuentro con la escuadra de Bonanza. Después, mientras recorrían el campamento, Fernando hablaba de su plan de campaña, señalando, en la ciudad que se alzaba poderosa frente a ellos, los dos recintos de altas murallas, los cincuenta torreones y la Torre del Oro, que, asomándose al río, resguardaba el puerto. En la otra margen divisábase el barrio de Triana, defendido por su castillo y su muralla. Pero no eran estos ni la obstinada guarnición del caudillo Abud Abdallah los principales obstáculos. En previsión del ataque por el río tendieron los moros entre las dos orillas una descomunal cadena, que bien tensada desde la Torre del Oro hasta el barrio de Atrayana (Triana), servía de barrera a un puente de barcas construido detrás de ella. Estaban las barcas unidas con gruesos garfios de hierro y cadenas, bien defendidas desde lo alto de tal modo que el puente era a la vez utilísima vía de comunicación y poderoso obstáculo defensivo.

Anochece ya cuando quedó ultimado el plan y Bonifaz, despidiéndose del rey, emprendió el camino de regreso hacia sus naves, mientras que en el silencio de la noche se oía el desacorde batanar de los forjadores.

Para atacar el barrio de Atrayana pasaron el río al sur de Aznalfarache con no poco trabajo los freires de Santiago con su maestre D. Pelayo Correa, seguidos por el rey Alhamar de Granada, comprometido en el pacto de Jaén a ayudar a San Fernando con quinientos escogidos caballeros. Diariamente combatía en Atrayana D. Pelayo, y su pericia y valor se enfrentaban con tres cuerpos enemigos: los moros del mismo barrio, los de Aznalfarache y las tropas del valí de Niebla, que socorría Sevilla reforzado con la caballería de Agaler. Tan difícil llegó a ser la situación que San Fernando hubo de enviar trescientos hombres mandados por tres de sus mejores capitanes.

Mientras tanto en el campamento real había una actividad extraordinaria. Las cabalgatas, rebatos y escaramuzas alternaban con los lances y desafíos personales a los moros y con las hazañas individuales de los cris-

tianos. La vida allí era una lucha continua, encarnizada y sangrienta, en la que se distinguía por su proeza Gómez Ruiz de Manzanedo, gobernador de la gente del concejo de Madrid y el famosísimo hermano de Vargas Machuca, García Pérez de Vargas, tan popular por su valor, que estando rodeado de seis moros, y después de haber matado a su jefe, hubo de dejarle solo San Fernando, porque «para él eran pocos siete moros».

Para los ataques a la escuadra de Bonifaz preferían la noche los sitiados. Aprovechando la oscuridad, los cárabos y leños se filtraban entre las naves castellanas intentando abordajes y pequeñas acciones que siempre se frustraban. A veces desembarcaba gente de ambas escuadras y se luchaba cuerpo a cuerpo en la ribera.

Una noche decidieron los moros acabar con la flota del Almirante. Cargaron en una balsa gran cantidad de tinajas llenas de alquitrán y resina y pilotándola varios moros la hicieron navegar hacia los barcos castellanos tratando de arrojar en ellos el alquitrán mientras que desde cárabos próximos lanzaban unas mechas encendidas. Viendo el peligro, cargó Bonifaz contra los tripulantes de la balsa y al primer golpe se desarmó aquella, yéndose al fondo los moros mezclados con su alquitrán, su resina y sus tinajas. Estaba protegida la operación desde la Torre del Oro y desde las embarcaciones de la orilla, pero tanto los de tierra como los del río sufrieron un buen escarmiento. No debió ser esta la única vez que el incendio amenazó a Bonifaz, los moros no dejarían de usar con frecuencia el ardido de los esquifes o brulotes incendiarios, tan repetido en la historia.

Enteróse el Almirante por D. Fernando, de que su hijo el capitán don Luis Bonifaz, se hallaba en Baeza convaleciendo de las heridas que recibió en la defensa del castillo de Jaén. Con la aprobación del rey, dirigió a su hijo una carta en la que le aconsejaba acudiese al Real con todas las tropas disponibles y sin descuidar el presentarse con el decoro que correspondía a su nobleza. Urgían los refuerzos y Bonifaz envió otra carta a Luis en la que le informaba de uno de los asaltos de los moros a los navegantes de las costas andaluzas:

«Viniendo de quitar una presa que habían fecho los moros en un puerto de mar, de cien homes, falle naos de turcos e moros e las tomé, e falle dentro un fijo del rey de Córdoba, que nunca se quiso dar a partida, e dos fijas de Almete el de Granada, que e hecho presente a mi señor el rey, y otras presas buenas de valor que iré dando, que cuando vengades las veredes y daredes al señor don Alonso. Vuestro padre D. Ramón de Bonifaz. Del Rio de Sevilla a ocho de mayo. Era de 1286. Año 1248».

Continuamente acudían nuevas tropas al Real. Día de fiesta fué aquel en que llegó el Príncipe D. Alfonso con sus gentes de Murcia, acompañado de D. Diego López de Haro, duodécimo señor de Vizcaya, con escogida hueste vizcaina. Llegaban después varias banderas de Castilla con las que formaba el canónigo Maestre Juan, más tarde Cardenal de Toledo; milicias concejiles de Burgos con su Arzobispo, D. Aparicio; las banderas de León y un cuerpo de ejército gallego, respetable por el número y lo escogido de los guerreros, con el Arzobispo de Compostela. D. Luis de Bonifaz debió ser de los últimos que se incorporaron al campamento.

Más de un año duraba ya el sitio y el hecho de que los moros de la ciudad conservasen la comunicación con Triana hacía pensar que se prolongaría indefinidamente resultando infructuosa la campaña. Comprendió el rey que para cerrar el cerco era preciso combatir aisladamente el arrabal y la ciudad impidiendo la llegada de refuerzos, ya que el ataque general estaba condenado al fracaso. Pero esto encerraba una dificultad casi insuperable que le hacía desanimar de la empresa. Un día se presentó el Almirante Bonifaz con la siguiente proposición: destruir con sus naves el puente para aislar las dos partes. Los capitanes del rey le miraron asombrados, la empresa era temeraria y loca hasta tal punto, que no valía la pena pensar en ella; pero el rey que no se resignaba a perder su dorada ilusión, le autorizó a emplear los medios que quisiera.

Preparó Bonifaz para su aventura los dos grandes navíos, a los que reforzó la proa con gruesos machones de roble trabados con hierro, apuntalando además las arboladuras para que sufriesen el choque sin troncharse. Eligió luego la tripulación de su nave entre los marinos voluntarios para la empresa y tal vez diese el mando de los hombres de pelea a su hijo Luis, si éste no tenía ya la misión de flanquear a la escuadra desde la ribera del río.

Tres días llevaba el rey en oración sin permitir que le hablasen y disponíanse en el Real a la celebración de la «Fiesta de la Cruz», cuando comenzó a soplar un fuerte ábrego coincidiendo con la subida de la marea en aguas de Sevilla. La ocasión no podía ser más favorable, y Bonifaz, con su peculiar actividad, ordenó sus naves y dió la señal a los que desde tierra iban a secundar la acción, tal vez a su hijo, con quien tanto deseaba compartir la gloria... Hinchaba el viento con fuerza las panzudas velas y en lo alto de la nave del Almirante el pendón de Castilla flameaba...

Al presentarse un fuerte golpe de viento se oyó la orden de zarpar y las dos naves se lanzaron a toda vela. Asomaban los moros por el puente

y por los adarves de Atrayana, y apercebidos de la maniobra, lanzaron, entre voces y burlas, una incesante lluvia de dardos, cuadrillos y flechas, contemplando asombrados el temerario intento; mientras que en las orillas, los cristianos, seguían ávidamente la marcha de los navíos. Adelantóse el de Ruis Pérez y chocó con fuerza contra la enorme cadena que con gran chirrido cayó al agua partida en dos pedazos, al vigoroso impulso de la nave, según rezaba una antigua trova de Avilés:

«Reinando el ínclito rey D. Fernando
El Santo que llamaron, de Castilla,
Pasó el de Avilés con su nave, serrando
La fuerte y gran cadena de Sevilla».

Sin perder velocidad fué a estrellarse la nave contra el puente. Crujieron las barcazas y retendió todo el puente, pero no se rompió, sino que detuvo la nave a merced de los moros, que desde lo alto disparaban sus flechas sobre ella. Más Bonifaz llegaba a poca distancia; había medido todo el peligro de la situación y con la voz y el ejemplo entusiasmaba a sus exaltados marinos. Prodióse la terrible embestida y la nave resultó ser más fuerte. Cadenas, garfios y puntales, al golpe de la proa, saltaron con estrépito, llevándose consigo a los defensores. Mil gritos de victoria brotaron a un tiempo de las naves y de los espectadores de la orilla, mientras que del río se alzaban los alaridos de rabia y dolor de los moros que se hundían en el Guadalquivir.

El rey había avanzado combinando su acción con la de la flota y al conocer la victoria de ésta, dió por terminada la operación y ordenó que se celebrase el triunfo alcanzado. Se colocó en el puente de la nave capitana una imagen de la Virgen Santísima y entonóse allí mismo la acción de gracias, mientras que en todos los barcos se izaban las banderas con la cruz del Señor junto a las castellanas de castillos y leones. Los caballeros mostraron una vez más en la fiesta militar su habilidad y arrojo.

Esta victoria de Bonifaz fué tan decisiva para la conquista de la ciudad y para la gloria de la marina castellana que todos los puertos que participaron con sus naves lo recuerdan en sus escudos de armas. Santander se enorgullece del que le concedió el monarca: «Una nave que a toda vela quebranta la cadena que cerraba el río, en gracia a haberse construido en su puerto la que lo verificó». El cronista D. Tirso de Avilés, canónigo de la villa de su apellido, concluye así la trova antes citada:

«Por tanta habilidad y maravilla
son sierra y fuerte nave sus blasones».

Laredo, Santoña, Castro Urdiales y San Vicente de la Barquera ostentan divisas semejantes. Irún reclama parte de la hazaña para Pelegrín de

Uranzu. Vizcaya para Juan Iñiguez de Iburguen. Noya y Coruña afirman su participación. Pontevedra dice que intervino Payo Gómez Charino con treinta naves, fundada en el discutido epitafio de este Almirante. El cabildo catedral de Sevilla puso en su primer sello una imagen de la Virgen sobre el puente de la nave de Bonifaz.

Sólo un día duraron los festejos; al amanecer del siguiente, emprendióse un ataque general por tierra y por el río, pero la nube de piedras y dardos emplumados que cayeron sobre los cristianos hizo que San Fernando ordenase la retirada, días después D. Alfonso dió un nuevo ataque con sus dos hermanos contra el alcázar de Atrayana, construyendo una mina para abrir brecha en él, pero pronto la contramina de los moros la inutilizó y hubo de desistirse del ataque. Dióse más tarde un nuevo desesperado asalto que terminó en carnicería para ambas partes, por lo que se acordó esperar la rendición de los sevillanos, ya segura.

Después de sucesivos intentos para obtener una capitulación honrosa y comprendiendo que no les quedaba otro camino, el 23 de noviembre, día de San Clemente, se entregaron los moros a la clemencia del monarca cristiano. Con humilde actitud el viejo Abul-Hassan (Axatal o Axatafe en nuestra crónica), entregó las llaves de plata de la ciudad en áurea bandeja. Fernando, con su habitual piedad le ofreció el respeto de su familia y propiedades, fijándole una buena renta si deseaba quedarse en su reino y a los sitiados que abandonasen la ciudad les concedió un mes de plazo para negociar sus haciendas y preparar la marcha.

El 22 de diciembre fué la entrada en la ciudad en solemne procesión. Detrás de un lucido cuerpo de descubierta desfilaron los caballeros de las órdenes militares con su Maestre a la cabeza.

Los de Santiago con el valeroso D. Pelayo Correa, los de Calatrava con D. Fernando Ordóñez, los de Alcántara, San Juan y el Temple al mando de D. Pedro Yáñez, D. Fernando Ruíz y D. Gome Ramírez. Llevaban alto sus blancos pendones de vistosas cruces, rojas, verdes y azules. Seguíanlos el clero, presidido por los obispos de Avila, Palencia, Cartagena, Jaén, Córdoba, Coria, Astorga, Burgos, Cuenca y Segovia, que precedían a un carro triunfal en el que iba colocada una imagen de la Virgen Santísima. A la derecha, y a caballo, empuñando la espada en mano, el príncipe D. Alfonso. Daban escolta los infantes D. Fadrique, D. Enrique, D. Sancho y D. Manuel y detrás D. Alfonso de Molina, hermano del rey, el infante D. Pedro de Portugal, el hijo del rey D. Jaime de Aragón, Huberto, sobrino de Inocencio IV y el antiguo emir de Baeza.

Detrás, acaudillados con D. Diego López de Haro, desfilando todos los magnates del reino, la flor de la nobleza de Castilla y León. Cerraban

la marcha las banderas de esforzados guerreros y las milicias de todos los concejos con sus multicolores enseñas.

Purificada la mezquita mayor por el arzobispo de Toledo, díjose en ella la misa desde el mismo carro triunfal y a continuación mientras que en la torre más alta se izaba el estandarte real entre el clamor incesante de la multitud fué Fernando a posesionarse del Alcázar y del gobierno de la ciudad, ocupándose inmediatamente de concederla fueros, poblarla de cristianos y premiar con justicia a los que contribuyeron a la victoria. Concedió al Almirante por su heroica acción los señoríos de Villaveta en Castrojeriz, Abriada en Campomunoz; Azualcuzar, Villaalbilla, Villanansue, Ausín y Villaerní, que forman en total un gran estado. Como recuerdo del sitio le regaló un riquísimo alfange que había pertenecido al rey Axatal de Sevilla.

Instituyó San Fernando con carácter permanente la dignidad de Almirante, confirmando en ella a Bonifaz, y reglamentando sus prerrogativas: Jurisdicción sobre todos los que embarcasen en aguas de la corona. Derechos sobre las mercaderías importadas por mar. Cargo y dirección del astillero. Voz y voto de calidad en el concejo de Sevilla, asiento en el cabildo, asistencia en la corte y acceso a la cámara real. Repartimiento en la ciudad, casa cerca de la iglesia Mayor y cuatrocientas aranzadas de tierra. Entre otras facultades la de añadir áncoras en el escudo de armas propias y, como príncipe de la mar, la de poder usar coronel en su nave.

La gente de la armada pobló el barrio de la parroquia Mayor, y para su heredamiento tuvo especiales juradores y partidores. Concedióseles que cuando hiciesen hueste en tierra gozasen honra de caballeros y el tener alcalde particular que había de ser de lo más ensalzado, como lo fué don Ramón de Bonifaz.

No cesó ya el Almirante en sus actividades marítimas. Afanosamente comenzó la construcción de astilleros en las orillas del Guadalquivir, abrió Sevilla a las rutas de todos los puertos cristianos y favoreció el tráfico del cabotaje, con lo que el comercio sevillano tomó una gran pujanza. Organizó detalladamente la vigilancia y defensa de las costas del rey, desde el Mediterráneo al Océano, para evitar las piraterías a que aún se lanzaban los moros. Pero no se contentó sólo con estas actividades defensivas, su espíritu combativo le empujaba a la lucha y periódicamente emprendió arriesgadas correrías en las que devolvía a los moros de las costas africanas los daños que causaron, facilitando así la política de San Fernando, quien acariciaba ya otra gran ilusión de su vida: la expansión africana.

Alióse el rey con el emir de Fez contra los benimerines aprovechándose de la división entre ellos. Corría el año 1251 y Bonifaz zarpó con sus naves. A la vista de la escuadra enemiga arengó a los navegantes y otra

vez se repitió la hazaña de Bonanza. Las desechas galeras de los benimerines hubieron de retirarse a toda vela. . . Fué a fondear con su flota en Zafin (Safi) y el rey de Marruecos salió a recibirle hasta la playa y le agasajó como huésped de honor, y con la escuadra castellana envió al rey Fernando una solemne embajada cargada de magníficos presentes.

* * *

De nuevo en la primavera siguiente se animan las playas del cantábrico, lo mismo que al principio de su gloria. Bonifaz, como en su juventud, recorre los puertos que hierven actividad, recluta gentes y construye naves para reunir allí una armada gigantesca, ya que las atarazanas de Sevilla están en construcción. San Fernando no tiene reinos que conquistar en España, el moro de Granada es tributario suyo, y su atrevida ilusión va ser pronto realidad. Gracias al Cielo y a D. Ramón, el Almirante, en Africa perderán los moros su quinto reino. Ya está todo a punto para la gran expedición a Berbería; solo la muerte podrá arrebatarse esta victoria a San Fernando. . . y solo la muerte se presenta a disputársela y le vence cuando cree tenerla al alcance de sus manos.

Muerto San Fernando, del modo ejemplar que registra la historia, suspendió sus actividades el Almirante profundamente afectado, no encontrando ya en su cometido el interés y estímulo necesarios para hacerle continuar. Se retiró a Burgos a descansar en su casa solariega y allí dedicó sus últimos años a la práctica de numerosas obras piadosas. En Burgos le encontró la muerte en 1256, cuatro años más tarde que a su rey, de quien aprendería a recibirla con la tranquilidad del que deja cumplida su misión.

Había otorgado testamento en Baeza en 1246 y en él aparecen algunos datos de su familia. Fué su primera mujer D.^a Andrea de Grimaldi, y de ella tuvo tres hijas: María Antonia y Berenguela. Casó en segundas nupcias con D.^a Luisa de Velasco, de cuyo matrimonio nacieron D. Pedro, D. Luis, D. Juan, D. Ramón (que fué también Alcalde de Burgos) y doña Andrea. Su tercera esposa se llamó D.^a Tarasia Arias de Velasco. No figura en el testamento la descendencia de este tercer matrimonio ni su cuarto enlace, posiblemente posterior al documento, pero sí afirma Monge que tuvo en total diecisiete hijos y que todos prestaron destacados servicios que constaban en los pergaminos conservados por sus descendientes.

Ningún retrato se conoce de D. Ramón de Bonifaz que tenga visos de auténtico; pero si no conocemos la figura física del Almirante, admiramos en cambio su calidad moral, en la que destacó por su lealtad al rey, su actividad organizadora, su espíritu militar y su abnegación en el servicio de la causa cristiana.

De ello dió ejemplo al enfrentarse con la escuadra de Bonanza y al lanzarse heroico contra el puente de Triana. Por su idea del servicio permaneció en su puesto en aguas del Guadalquivir mientras moría su hijo Juan con el deseo de abrazarle. Con su actividad incansable creó de la nada una marina, que no fué batida después hasta la expedición a Inglaterra. Fué modelo de militares castellanos, espejo de caballeros cristianos y prototipo de marino español.

Al pié del cerro de San Miguel, en un paraje solitario de las afueras de Burgos, rodeado de árboles que invitaban a la meditación, alzábase, hasta 1809, el magnífico convento de San Francisco, construido todo de piedra, y de arquitectura ojival de vastísimas proporciones. Constaba de tres grandes naves y veintidós capillas, en las que se distribuían, entre otras obras artísticas, sepulcros de gran valor, donde yacían varios regidores y alcaldes de la ciudad, el infante D. Diego, muerto en el sitio de Algeciras y D. Diego López de Haro, duodécimo señor de Vizcaya, vencedor en Murcia y en Sevilla. La nave del Evangelio fué la primera que se construyó, donada por Ramón de Bonifaz, y en ella estaba su sepulcro sobre el que colgaba el pendón del Almirante suspendido en la bóveda.

Visitando Burgos en 1476 Isabel la Católica, quiso admirar este convento, y recorriendo los valiosos sepulcros, llegó al de Bonifaz, deteniéndose a examinarlo. Véase allí la estatua yacente de D. Ramón, sobre cuyas armas ostentaba un collar cogido por el dedo pulgar de la mano derecha en significación de la rotura del puente; en la izquierda empuñaba su espada, y un lebril acostado a sus pies soportaba el escudo de armas, grabado también en la clave de la bóveda: partido en palo, con escaques de oro en campo de gules a la derecha, once leones coronados sobre azur a la izquierda, cuatro pendones lunados en jefe, cuatro áncoras en punta, y en la orla, la cadena de Sevilla rota por medio. Alrededor de la urna las imágenes de los doce apóstoles alternaban con los relieves de los blasones, y en la base estaban esculpidas las batallas del almirante. Leyó la reina en el friso este epitafio: «Aquí yace el muy noble y esforzado caballero Don Ramón de Bonifaz, que ganó Sevilla y murió en el año de 1256», y encontró extraña la expresión «que ganó Sevilla», y aunque comprendió que era solo una costumbre de la época, mandó sustituirla poniendo: «que fué en ganar Sevilla con San Fernando» para que las cosas quedasen más en su punto.

También Felipe III, que visitaba Burgos con frecuencia, vió esta tumba en 1615 y asombróse de que estuviesen en ella los apóstoles alternando con blasones, pareciéndole «poca decencia» el que la figura del Almirante dominase sobre ellos y mas acompañada de un perro. Dióle un fácil remedio, pues mandó cortar las cabezas de los apóstoles, para que así desfiguradas desapareciese la irreverencia . . .

El rey santo sonreiría indulgente desde su urna sepulcral.

JOSE MARIA GARATE CORDOBA